

¿Alguna vez hemos pensado este pasaje familiar de hoy de la Anunciación desde la perspectiva del Arcángel Gabriel? Hace poco leí una reflexión de Jan Richardson sobre esto, y pensé que valía la pena compartirla con ustedes.

"Cuando María dice *"cúmplase en mí"* al arcángel, es un acto de rendición radical. Ella ofrece el *"sí"* a él, y no con una pasividad masiva que tan a menudo se le ha atribuido a esta historia de hoy; esta clase de rendición no nace de la debilidad, sino de una fuerza audaz dentro de ella y una gracia deslumbrante que pone en evidencia de como la sostiene a ella. La rendición de María es deliberada, la elección de una mujer dispuesta a entregarse a sí misma a lo sagrado con tal abandono que acepta, con intención, abandonar hasta el último plan que hubiera tenido para su vida.

La audaz respuesta de María *"sí"* la empuja hacia un camino incierto. Ella se embarca en un camino casi completamente desprovisto de señales o senderos dejados por otros; ella elige un camino completamente diferente a cualquiera que ella se hubiera imaginado para sí misma. ¿Qué debe haber sido para ella el de caminar un sendero que apenas podía percibirlo, mientras llevaba dentro de sí misma— en su corazón y su útero y huesos— una luz como ninguna otra se había visto en el mundo?

¿Qué debe haber sido para el arcángel cuando presencié el *"sí"* de María?

Quizás los pensamientos del Arcángel Gabriel hayan sido algo como esto:

'Por un momento dudé en el umbral. Por espacio de un respiro, me detuve, sin querer perturbar el último momento ordinario de María, sabiendo que en el siguiente paso podría escindir su vida: que en este día dividiría su historia en dos, dividiendo todos los días anteriores entre todos los que vendrían.

Los artistas representarían esta escena más tarde: María deslumbrada por el arcángel, inclinando la cabeza en humilde asentimiento, e impresionada por el mensajero que se dignó a abandonar el paraíso para otorgar tal honor a una mujer, y a un mortal.

Sin embargo, les digo que fui yo el deslumbrado, yo quién me quedé boquiabierto cuando me encontré con ella— leyendo, en el telar, en la cocina, ahora no puedo recordar precisamente; solo que la mujer delante de mí— bendecida y llena de gracia mucho antes de que yo la llamara así— brillaba totalmente con cuánto ella habitaba a si misma, el espacio que habitaba a su alrededor, habitaba el momento que colgaba entre nosotros.

Quería salvarla de lo que me habían enviado a decirle.

Sin embargo, cuando llegó el momento, cuando tartamudeé la invitación (la historia no registraría el sudor en mi frente, el latido de mi corazón que no se notaría cuando dije: "*No temas*, tanto para mí mismo como para ella") fue ella. quien me salvó— su primera liberación—su "*cúmplase en mí*" no es solo una declaración al Divino sino una palabra de consuelo, de alivio, de bendición para el ángel en la puerta que dudaría una última vez— solo por el espacio de un respiro arrancado del pecho de él— antes de separarse del radiante consentimiento de ella y de su hermoso y tremendo "*sí*".

*(Jan Richardson)*

Padre Jim Secora